JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 24 de octubre de 1993

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. La Jornada mundial de las misiones, que celebramos hoy, nos invita a dirigir nuestra atención a la multitud de hombres y mujeres a quienes no ha llegado aún el anuncio del Evangelio. A ellos, en particular, mira hoy la Iglesia, sintiéndose más apremiada que nunca por el mandato de Cristo: «Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva a toda la creación» (*Mc* 16, 15). ¡Cuántos misioneros, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos gastan su vida al servicio de la evangelización! Hoy nos sentimos muy cerca de cada uno de ellos.

En realidad, la tarea misionera universal no corresponde sólo a estos miembros elegidos de la Iglesia, sino también a todos los bautizados, a cada uno según su vocación peculiar. «Ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia puede eludir este deber supremo: anunciar a Cristo a todos los pueblos» (*Redemptoris missio*, 3).

En nuestros tiempos, además, resulta necesaria una nueva evangelización también para los pueblos de antigua tradición cristiana, atravesados por corrientes de secularismo y relativismo religioso, que amenazan las raíces mismas de la fe. Por consiguiente, la responsabilidad misionera de los hijos de la Iglesia es grande e implica no sólo el deber de anunciar el evangelio en el propio ambiente de vida, sino también la ayuda generosa a cuantos trabajan en las fronteras de la evangelización y por ello tienen derecho a sentirse apoyados por sus hermanos de fe mediante la oración, el sacrificio y la participación de sus recursos espirituales y materiales.

2. Una mayor conciencia misionera impone a los discípulos de Cristo, ante todo, el deber de la coherencia y del testimonio. Como recordé en la encíclica *Veritatis splendor*, la nueva

evangelización «difunde toda su fuerza misionera cuando se realiza a través del don no sólo de la palabra *anunciada* sino también de la palabra *vivida*» (n. 107).

Se es misionero con la vida, antes que con las palabras. Así lo demuestra la experiencia: «Es la *vida de santidad*, que resplandece en tantos miembros del pueblo de Dios frecuentemente humildes y escondidos a los ojos de los hombres, la que constituye el camino más simple y fascinante en el que se nos concede percibir inmediatamente la belleza de la verdad, la fuerza liberadora del amor de Dios, el valor de la fidelidad incondicional a todas las exigencias de la ley del Señor, incluso en las circunstancias más difíciles» (*ib.*).

3. Contemplemos con confianza a María, Estrella de la evangelización, que, entregando al mundo al Salvador, fue la primera misionera y es modelo de la misión de todo el pueblo cristiano. Que Ella sostenga con su maternal intercesión a los misioneros y misioneras, especialmente a los que trabajan en condiciones difíciles, lejos de su patria, y suscite en todos los cristianos, en las familias y en las comunidades eclesiales, el propósito de renovar su esfuerzo generoso para anunciar a Cristo a los hombres de nuestro tiempo.

* * *

Después del Ángelus

Saludo con todo afecto a los integrantes de las Comunidades Neocatecumenales procedentes de Valencia (España) y de Latina (Italia), presentes en Roma para hacer su profesión de fe ante la tumba del Apóstol san Pedro.

Os encomiendo a la maternal protección de la Santísima Virgen y de corazón imparto a vosotros y vuestras familias la bendición apostólica.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana